

---

# RAMBO Y ROCKY: LOS NUEVOS HEROES DE LA DEMOCRACIA

---

FRANCISCO TREMONTI

Se ha dicho siempre que el cine es un arte, un arte al servicio de una función social, estética o ideológica. Sólo que el cine moderno americano ha ido mucho más allá. A través de una inversión y manipulación de valores estéticos, de una violencia desatada, confusión de lo nacional con lo individual, nos quieren releer la historia, bajo la mirada interesada de unos ojos que ven sólo la historia sociopolítica, aunque no sea verdad, de un sistema determinado. Este es el caso de las películas Rambo y Rocky, protagonizadas ambas por el actor Sylvester Stallone.

El personaje es ya interesante por sí mismo desde un punto de vista conceptual. Aparece siempre al principio como un ser desvalido, un ex-combatiente de Vietnam desubicado de la sociedad, sin trabajo fijo, que deambula de un sitio a otro sin un rumbo determinado, un condenado a prisión y trabajos forzados, o un boxeador que a duras penas ha salido del anonimato. Al final, por contraste, se convertirá en el héroe nacional que todos esperaban, identificado con todo un pueblo.

Su "record" oficial en el ejército es impresionante. De ascendencia mestiza, mezcla de indio y alemán. Fue estudiante de medicina, carrera que abandonó por no poder soportarla. Especialista en armas de todo tipo. Entrenado especialmente en técnicas de sobrevivencia en la selva. Profundo conocedor de todo lo concerniente a helicópteros. Mató a 54 personas reconocidas. Se desenvuelve perfectamente en una extensa zona de Vietnam, donde luchó anteriormente. Para el coronel de los "boinas verdes", antiguo comandante suyo en Asia, Rambo es el mejor combatiente, no es más que "una máquina de pelear, que no cede ante las presiones". Si tiene que morir, muere, sin miedo ni remordimiento. Se le valora porque ha superado la simple condición de fragilidad humana y se ha mecanizado. El mismo concepto aparece en la última película de Rocky, en que protagoniza al tipo de boxeador que pelea por el amor patrio, sin tregua ni descanso, hasta el final. No importan la sangre, el cansancio, o el dolor físico que padezca: la pelea es a muerte.

Sin embargo, Rambo es consciente del papel social que juegan personajes como él, como aparece en un momento de conversación íntima con una muchacha vietnamita (RB II). El es una especie de excedente de la sociedad, "como un individuo al que invitan a una fiesta: si no va... nadie se entera". Es la parte todavía humana del combatiente-máquina.

Es curioso el hincapié y la valoración que se hace en este tipo de películas de la mecanización humana, especialmente en Rambo. En su primera parte, el coronel de los boinas verdes acude a la policía, no para salvar a su ex-subordinado perseguido, sino para prevenir al sheriff que se cuida de él, simplemente porque es un especialista, una máquina para matar. En la segunda parte, hay una conversación muy significativa entre el Jefe de Operaciones de la Base, responsable de la misión a em-



prender, y Rambo, conversación montada sobre el contexto de la parafernalia informática, instalada en una sala especial de control, que iba supuestamente a respaldar la operación: (J) “Tú estas a salvo porque tenemos las mejores armas...” —(R) “Yo creía que la mejor arma era la mente...” —(J) “...los tiempos cambian”. De hecho, se está atrofiando la mente, dejando de pensar cada vez más, para confiar a las computadoras todo nuestro impulso y decisión. Esta misma tesis está subyacente en muchas de las comiquitas que se producen para niños, sólo que éste no es un juego de niños. En la película se confía a las computadoras la seguridad de la misión, mucho más que a los seres humanos que la van a llevar a efecto. Decididamente entramos en un mundo internamente mecanizado, del que a menudo se han hecho eco, para bien o para mal, los futuristas de nuestro arte literario y cinematográfico.

Quisiera referirme ahora, aunque sea brevemente, a las situaciones de conflicto que dieron lugar a una violencia desatada y al desarrollo posterior de las películas. En la serie Rambo, el pobre ex-combatiente de Vietnam, aparentemente indefenso, es molestado por el Sheriff local, al llegar a un pueblo donde pensaba encontrar a un amigo y compañero suyo en la guerra. No sólo es molestado, sino puesto en prisión sin motivo, donde es humillado y golpeado sin piedad por juego, como si fuera una cosa. Rambo se rebela contra esta brutalidad policial, contragolpea donde más duele y huye, despojando de su moto a un inocente transeunte.

En la segunda parte, los militares, presionados por los políticos y los familiares de los ex-combatientes, tratan de hallar a los “desaparecidos” en Vietnam. Ofrecen a Rambo, condenado a trabajos forzados, el realizar la misión, a cambio de dejarlo en libertad si es que regresa con vida. Este es un esquema que se ha repetido varias veces en diversos tipos de películas sobre la segunda guerra mundial (Los doce del Patíbulo, etc.), con la consiguiente manipulación de la persona, ya que prácticamente no les dejan margen para elegir. Las dos cosas son malas, pero al menos tienen un chance. Y los presos no dudan en intercambiar su situación segura por otra, al menos, incierta. Siguiendo el desarrollo de las dos series, hay un par de conceptos que se aplican enteramente en todas las películas: la sobrevivencia y la venganza. Rambo tiene un sobrehumano instinto de sobrevivencia, no alejado del pundonor y orgullo personal. Utiliza todo su arte y preparación militar para ello. En la primera parte, los policías son sus enemigos, no porque lo sean en sí mismos, sino porque lo quieren apresar y disparan contra él. Y Rambo se esconde, se funde con la naturaleza que lo rodea, y mata fríamente, eficientemente, recupera algunas armas y sigue luchando. Pero todo no queda ahí. Agobiado por la persecución desigual, por el Sheriff y la guardia nacional, va a tomarse su desquite. No se contenta ya con salir airoso de la situación difícil en que se encuentra, sino que pretende llegar hasta el final, destruir al jefe de policía, y de hecho, prácticamente destruye también todo

el pueblo.

En la segunda parte adelantamos un poco más. Los guardianes vietnamitas del campo de prisioneros no sólo son sus enemigos porque lo persiguen y lo quieren matar, sino que son también los enemigos de su nación. Así que, Rambo no está solo, se siente representante nacional, y este nuevo ingrediente justifica, aparentemente, aún más su muerte. Y Rambo mata con más frecuencia, eficientemente, con entera frialdad. Su misión había sido la de fotografiar a los prisioneros americanos "sin confrontación con el enemigo". Al no cumplir esta condición, por razones políticas, es abandonado en manos de sus enemigos, quienes lo torturan ferozmente bajo la tutela de los rusos. Pero él sobrevive a todo. Salvado en última instancia por la muchacha vietnamita que lo acompañaba, Rambo vuelve a huir y a luchar... hasta que la muchacha que él aprecia muere asesinada por las balas enemigas. Ya no intenta refugiarse en Tailandia por tierra, como era su propósito, sino que va a intentar destruir a sus enemigos hasta el final.

El mismo esquema fundamental se puede apreciar en la serie "Rocky". Se trata de un personaje que ha ganado muchas de sus peleas a base de resistencia física y espíritu de sobrevivencia, no especialmente por sus dotes de boxeador. Pero ha llegado a ser toda una personalidad pública, aclamado por los niños cuando hace "jogging" por el parque. Un amigo suyo, también boxeador, es golpeado duramente por un ruso en un combate, lo que posteriormente le ocasiona la agonía y la muerte. Este simple hecho enciende la mecha sentimental de Rocky, quien se traslada a Moscú para pelear con el ruso que mató a su amigo. La pelea es feroz, pero de nuevo nuestro héroe sobrevive y gana un combate sobrecargado de representaciones políticas.

Pasemos ahora a examinar con un poco de curiosidad los distintos personajes y las situaciones diversas que envuelven la acción de las diferentes películas. En la primera parte de la serie Rambo nos presentan a un Sheriff, con su pequeña tiranía policial, bruto y prepotente. Supuestamente él es el representante de la Ley y el Orden, sólo que desencadena un tremendo desorden, lo que sirve ante el espectador como justificación de toda la violencia de Rambo. La denuncia del abuso y brutalidad policíaca viene a ser en este caso como una especie de crítica del sistema al propio sistema, por otro lado, fácilmente re-absorbible por él mismo. En las mejores familias hay puntos negros y en los mejores sistemas también. Pero todo queda ahí. Al final, no pasa nada.

El coronel de los "boinas verdes" es un personaje singular. Nos lo presentan en las películas como un árbitro que ha perdido el silbato. Impotente ante las autoridades, sin mando sobre Rambo, sólo posee su conversación para convencerlo. Pero convencerlo de qué? De que olvide Vietnam, sea buen chico y se porte bien... y se entregue. Es penoso advertir que primero metieron a tantos centenares de jóvenes en la guerra y luego les piden que la olviden. En este caso, el coronel tiene el oficio de hacer de puente en una sola dirección.

Pero veamos cómo los productores de las películas nos hablan de la guerra de Vietnam. En la segunda parte de la serie hay varias frases muy significativas al respecto. Cuando el coronel va al campo de trabajos forzados a proponer a Rambo la misión, éste exclama: "tenemos que ganar otra vez". Al final de la película (RB II) cuando le dicen que el viejo Vietnam está muerto, él afirma categóricamente: "Si yo estoy vivo, Vietnam está vivo...". Es posible que con todo esto los productores nos estén dejando la puerta abierta para Rambo III. No lo sabemos. Lo cierto es que el montaje de todo el contexto nos está diciendo muchas cosas. Una de ellas puede ser la afirmación de que los soldados americanos ganaron la guerra en el campo de batalla de Vietnam. Algunos políticos desaprensivos, la mayoría corruptos,

forzaron la situación y los sacaron de allí. Rambo nunca se presenta como perdedor, sino como el vengador del ideal americano. Parece obvio que con este tipo de cine se quiere ganar en la mente de la juventud americana, reconquistar el prestigio de otros tiempos ante sus ojos, juventud que probablemente nunca vivió los horrores de Vietnam. La película ayuda a evadir la realidad, no simplemente a confundir la ficción con la realidad, o la realidad con la ficción, sino que se trata en este caso de una distorsión consciente de la realidad histórica, con fines propagandísticos, perdiendo toda perspectiva. Y el público vibra con toda la acción y la violencia, se ve envuelto en una atmósfera engañosa... y se deja envolver. Es fácil soñar. Al final, la realidad pasará factura a los que se creen indestructibles. Es posible que entonces sea tarde para rectificar el rumbo absurdo que hemos llevado hasta ahora.

Siguiendo con el tema de Vietnam, es lamentable la figura de los vietnamitas. Nos los presentan como pobre gente, profundamente subdesarrollados, que no merecen mayor consideración. Cuando agarran prisionero a Rambo tienen que esperar a sus amos rusos para que lo interroguen. Incluso, un capitán ruso da órdenes a un coronel vietnamita, lo que es un signo claro de total sumisión, lo que contradice el orgullo ancestral del pueblo vietnamita. Es curioso, pero algunas de las escenas de persecución en la selva me recordaron muchas otras escenas de guerra en las películas americanas. Los alemanes vuelven a perder otra vez, sólo que ahora con uniformes rusos. La acción se fija en lo militar, pero nadie se ha preocupado por los civiles, a los que en la película se les queman sus cultivos, se destruyen sus casas y mueren callados. Es una insensibilidad muy grande hacia el ser humano.

En el último film de la serie Rocky (IV) nos encontramos con las mismas características, aplicadas esta vez a otros motivos y en un contexto distinto. Nos presentan a la sociedad soviética, representada por su boxeador, con una visión puramente mecanicista. La preparación de su representante en la pelea que se avecina es rigurosa y sumamente técnica. Se nos figura que están preparando a una especie de robot que sabe pelear. Al mismo tiempo, Rocky es el héroe de carne y hueso al que se saluda y se vitorea por las calles, mientras realiza sus ejercicios acostumbrados. Una vez en el ring, Rocky utiliza la bandera americana estampada en su pantalón, mientras el ruso viste su tradicional short rojo. Ahora sabemos perfectamente de

Sylvester Stallone  
nos muestra  
algunos  
de sus diarios  
ejercicios  
musculares



qué se trata. La representación sociopolítica desborda el significado de un combate normal, en el que aparentemente no se juega nada importante. Como de costumbre, al principio de la pelea Rocky es vapuleado sin compasión. Pero reacciona, y el público reacciona con él, se emociona, se emborracha de golpes y sangre. Al final, vence aparentemente el mejor. Rocky queda reivindicado, como también ha quedado vengada la muerte de su amigo. Pero lo importante es que el bloque occidental ha vencido al oriental. Somos campeones. No hace falta decir nada sobre lo simplista y manipulador que resulta todo el episodio.

Si nos ponemos a pensar con un poco de sentido crítico, todo este tipo de películas no constituyen más que una especie de comiquitas (sin sexo) para adultos. En Rambo II el protagonista utiliza una pequeña aljaba portátil. Por el desarrollo de la acción comprobamos que dicha aljaba contiene un número indefinido de flechas, —el espectador pierde la cuenta después de las primeras quince—, cuatro bombas, un arco y todo un arsenal de armas blancas. Rambo se apodera de un helicóptero enemigo de combate, pequeño y ligeramente artillado, al que los rusos persiguen con un super moderno helicóptero, portador de cohetes teledirigidos, química o electrónicamente. Todos ellos fallan el blanco, excepto uno que lo roza y avería el helicóptero de Rambo. Cuando el piloto ruso se dispone a dar el golpe de gracia con una sonrisa de satisfacción en los labios, nuestro héroe saca un bazooka primitivo, tipo alemán de la segunda guerra —que nadie sabe de dónde salió— y hace explotar al enemigo por los aires. La selva misteriosa, por otro lado, la selva tropical, no parece tener secretos ni peligros para nuestros protagonistas. Es una selva desprovista de toda fauna peligrosa, sólo una vez aparece una serpiente medio disecada, sin peces caribes en los ríos, ni siquiera una plaga de mosquitos que los molesten en la huida. A Rambo le sale todo bien y finalmente puede llevar a feliz término su hazaña, lo mismo que el esforzado y valiente boxeador o los héroes buenos de las películas del oeste americano. Sin embargo, las dos series están bien realizadas desde el punto de vista técnico, medianamente actuadas, conforme a los patrones del género. Los efectos especiales, explosiones, incendios, carros accidentados, balas, etc., son los mismos a los que nos tienen acostumbrados el cine y la televisión durante los últimos años. No hay nada excepcional en ese capítulo. Llama la atención que todo el despliegue técnico interno que nos muestran las películas analizadas se emplea solamente para la destrucción como algo bueno. Los avances científicos, química, electrónica, informática, etc., no producen vida. Se aplican a la guerra y a la muerte con la excusa de la vida y de la paz. Lo importante no son los hombres, sino la ideología.

Como un breve resumen de todo lo que venimos hablando podemos decir que los medios de comunicación nos expresan lo que muchas personas tienen por dentro, que por desgracia no es sino vacuidad, violencia, sexo, egoísmo y orgullo. Hacemos muy poco para ir construyendo una sociedad mejor para los que nos sigan el día de mañana. Y su poder de penetración es tan grande, que lo que los americanos no pudieron hacer en Vietnam, ganar la guerra, lo están logrando para su juventud a través de los medios, el cine y la televisión. Parece obvio que a través de los medios se intenta sistemáticamente la defensa de un sistema, de un estilo de vida, como el mejor, el más poderoso y más humano, por medio de la absorción de una crítica justa al mismo sistema. Como contradicción inherente a la muestra vemos que no interesa para nada el logro de la justicia o la defensa de los derechos de los demás pueblos.

Quizás nos convenzamos alguna vez de que la actitud belicista sólo conduce a resultados fatales para todos. Quizás nos haga falta un mejor conocimiento de la naturaleza biológica del hombre, al que hemos dado la espalda. Deberíamos de tener

menos violencia y más cooperación a todos los niveles. Pero quizás no hayamos evolucionado todavía lo suficiente.

Pero queda pérdida una pregunta que me ha venido molestando desde hace tiempo: ¿por qué estas dos series son tan taquilleras? Condicionados desde pequeños por los medios, especialmente por la televisión, el público no sólo necesita de violencia y más violencia, sino también de algo más, evadirse, evadirse de una realidad hostil y ganar, aunque sea alguna vez, en el cine. Quizás por eso el espectador se auto-identifica con el héroe y gana con el vencedor. Su prestigio, no sólo individual, sino como participante de una sociedad y de una nación, está asegurada. Y eso convence, aunque para ello se acuda a recursos de un marcado tinte sentimental. Al final de Rambo II, por ejemplo, el coronel pregunta: “¿Qué quieres, Rambo?”. Y éste contesta: “Quiero lo mismo que todos aquellos que vinieron aquí y entregaron sus entrañas y todo lo que tenían por nuestro país, que nos amó, lo mismo que nosotros lo amamos. Eso es lo que quiero” —“¿Cómo vivirás?” —“Viviré día a día”. Y el público se levanta de sus asientos... y aplaude.



## COMUNICAÇÃO & SOCIEDADE

Revista semestral de estudos de comunicação, editada pela Comissão de Pós-Graduação em Comunicação Social do Instituto Metodista de Ensino Superior. Publica trabalhos científicos voltados para a problemática da comunicação social.

### Pedidos:

Instituto Metodista de  
Ensino Superior  
CAVE — Centro Audio-  
Visual Evangélico  
Caixa Postal 5002  
09720 — São Bernardo  
do Campo, — SP — Brasil

Imprensa Metodista  
Av. Senador Vergueiro,  
1301  
09700 — São Bernardo  
do Campo — SP — Brasil